

monios de afecto. En el resto del imperio, por el contrario, el lenguaje de la prensa fué muy reservado: se echaba en cara al príncipe que renunciase con demasiada facilidad á la tierra natal, y que se hiciese con demasiada complacencia el instrumento de Napoleón. Mientras tanto, la fragata austriaca *Novara* estaba fondeada en la bahía, esperando las órdenes de Maximiliano: era el mismo buque que, tres años después, había de traer su féretro. Cerca de ella estacionaba otra fragata, la *Themis*, buque francés encargado de escoltar á los viajeros como para afirmar, á los ojos de Europa y del mundo entero, que la protección de nuestra bandera no les abandonaría nunca. El 14 de abril fué el día de la salida. Los habitantes de Trieste llenaron desde por la mañana las terrazas y jardines de Miramar, disputándose las últimas miradas del que no habían de volver á ver. A las dos y media la canoa que conducía á los soberanos atrató á la *Novara*, que enarboló en seguida el pabellón mexicano, y los buques, saludados por todas las baterías de la costa, desaparecieron con rumbo hacia el Sur. Cuando todo hubo concluído, Maximiliano bajó á su camarote y en él permaneció mucho tiempo, sumido, según se asegura, en el abatimiento más profundo. Una parada que hizo en Roma antes de dejar Europa, á fin de arreglar las cuestiones religiosas que quedaron sin resolver, no fué propia para reconfortar su ánimo. Sin embargo, á medida que se alejó de la patria, fué disminuyendo su emoción, pues su espíritu volaba hacia otros horizontes. Cuando, pasado el estrecho de Gibraltar, bogó en pleno Océano, se apoderaron de él la poesía del mar y la seducción de las cosas remotas. Mecióse otra vez en su ilusión, al rumor querido de las olas; y se le vió preparar con un ardor febril la organización de su monarquía futura. Su actividad no era siempre metódica, y ya se manifestaba en él esa manía de legislar que más tarde había de llevar hasta la puerilidad. Aquel viaje empezado en medio de la turbación y la tristeza acabó en medio de toda clase de esperanzas. No eran de extrañar sus inconsecuencias. El que pasaba por tutor de Maximiliano, el emperador Napoleón, no era entonces más clarevidente ni más sagaz que él. Aparentaba creer que las grandes dificultades quedaban vencidas. Mientras su protegido bogaba hacia el Nuevo Mundo, dirigía él al Sr. Fould, ministro de Hacienda, una carta en que estudiaba una importante disminución de impuestos; y con mucha candidez ó mucha confianza, anunciaba que dicha disminución se debería á la feliz solución de los asuntos mexicanos (1).

III

En su último discurso, Thiers había dicho: «No me cabe duda que el príncipe será desde luego bien acogido. ¿Hay monarca nuevo que no haya sido saludado, el día de su advenimiento al trono, con felicitaciones y homenajes?» La previsión se realizó cuando, en 28 de mayo de 1864, Maximiliano y Carlota desembarcaron en el Nuevo Mundo. Si en Veracruz, entristecida entonces por la fiebre amarilla y bastante mal dispuesta para el imperio, la afluencia fué mediocre; si la travesía

(1) Carta á M. Fould, 15 de abril (*Monitor* del 19 de abril de 1864).

de las *tierras cálidas*, contrariada por las lluvias y retrasada por el mal estado de los caminos y por un accidente de carruaje, se realizó en medio de una soledad algo triste, el aspecto de las cosas cambió al llegar á las metas. En Córdoba la recepción fué buena sin ser aún muy cariñosa; en Orizaba casi fué entusiasta. Desde allí, las simpatías crecientes transformaron el viaje imperial en una larga serie de ovaciones. En medio del gentío, los indios, que acudían de todas partes, se distinguían por el ardor de sus aclamaciones. Pobre gente, humillada y maltratada por todos los intrigantes que habían explotado su ignorancia, no podía menos de ganar con el nuevo régimen; y su confiante afecto iba al encuentro del que sin duda mejoraría su suerte. Una antigua tradición les anunciaba la venida de un príncipe rubio que llegaría de Oriente y sería su salvador. Maximiliano se les aparecía como ese príncipe predestinado. Los soberanos reunían juventud, agrado y bondad, cosas que cautivan á los corazones. Antes de presentarse en la capital, el emperador y la emperatriz quisieron visitar el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, como para poner los comienzos de su reinado bajo los auspicios de la Virgen venerada que protegía á México. El 12 de junio hicieron su entrada en la capital de la nación, y la hicieron en medio de un gentío tan grande y de una alegría tan universal que parecía que las huellas de las antiguas guerras civiles habían desaparecido.

Cuando se hubo disipado el ruido de las aclamaciones, el monarca se encontró en presencia de todos los cuidados de su nueva situación. Y de sus cuidados el primero era saber con quién iba á gobernar.

Había sido llamado por un partido: el partido conservador, apoyado en los grandes propietarios, ávidos de quietud, y en el clero, deseoso de recuperar sus bienes. Varias razones impulsaban á Maximiliano á recelar un poco de sus amigos del primer momento. Estos disponían de una influencia mediocre, y aunque representaban intereses muy importantes, no formaban, propiamente hablando, una clase política, y mucho menos una clase directiva. Además el clero mexicano, al revés del clero europeo, era poco instruído, de costumbres á menudo relajadas; y si bien convenía no acarrearle su enemistad, su patronato sería de escasa valía. Por otra parte, Maximiliano estaba imbuido de ideas modernas, y no podía esperarse de él que después de haber reprobado ó criticado el antiguo régimen en Europa, lo restaurase en el Nuevo Mundo. Enfrente del partido reaccionario existía otro partido, el republicano, llamado también, impropriamente, partido liberal. Aunque hostil en masa á la intervención, este partido ofrecía una infinidad de matices muy diferentes: tenía sus fanáticos que habían seguido á Juárez; tenía sus hijos extraviados que vivían de la guerra civil; tenía sus intrigantes que acechaban la ocasión y se inclinaban hacia el más fuerte; arrastraba, finalmente, en pos de sí una masa confusa de gentes de toda clase, ajenas á toda costumbre de vida pública, acostumbradas desde tiempo inmemorial á doblar la cerviz bajo el yugo de los hábiles ó de los violentos, temerosas de las exageraciones clericales, pero fieles á sus creencias y á sus prácticas religiosas, sin ninguna idea de la monarquía, pero dispuestas á bendecir á todo el que las preservase de las exacciones ó de los saqueos. ¿No sería posible

disgregar un partido tan poco homogéneo, quitarle sus mejores elementos, reunir en un mismo grupo á todos los hombres de orden, tanto si pertenecían al partido conservador como si eran liberales, para crear un gran partido nacional que rodease al trono y dominase á las facciones? El propósito era generoso y digno de un so-

como si en el suelo mexicano hubiesen sido comprometidos é importunos. Parecía que la falta menos perdonable era el exceso de celo. Que esta política estuviese llamada á producir excelentes frutos en lo porvenir, nadie podía negarlo ni afirmarlo entonces. Pero en el momento presente, los resultados eran singulares,



Gran Salón del Palacio Imperial de México

berano; pero, para realizarlo, era menester un tacto delicado, una rara sangre fría, un conocimiento profundo de los hombres y del país, cosas de que carecía el joven é inexperto emperador. En vez de emanciparse poco á poco de sus partidarios más exagerados, en vez de graduar con cuidado su evolución, Maximiliano se orientó bruscamente hacia sus adversarios. Teniendo que formar un ministerio, no sólo no se dirigió á sus amigos, sino que creyó muy prudente llamar á algunos de los que parecían enemigos suyos. La cartera de Negocios extranjeros fué confiada á Ramírez, que pertenecía á un matiz liberal muy acentuado. Almonte, que había sido el precursor del imperio, fué inmovilizado en el cargo honorífico de *gran mariscal de Palacio*. Varios funcionarios de la Regencia recibieron el cese. Más tarde, so pretexto de diferentes misiones, los generales Miramón y Marquez habían de ser enviados á Europa,

pues Maximiliano, apenas llegado á México, se apoyaba precisamente en aquellos que no le habían llamado.

Este cambio, que sorprendió á los conservadores, irritó mucho á los altos dignatarios del clero, por cuanto indicaba ya la solución que el emperador adoptaría en la grave cuestión de los bienes eclesiásticos. Hemos dicho cuáles eran las quejas de la Iglesia mexicana. La obra de secularización empezada en 1856 por Comonfort, é interrumpida luego por los regímenes siguientes, había sido reanudada y concluída por Juárez. Lo que Comonfort había inaugurado con miramientos y asegurando la subsistencia del clero, Juárez lo completó con una implacable dureza, y sus leyes, á las cuales se dió el nombre de *leyes de reforma*, no eran más que pura expoliación. Muchas de las fincas confiscadas se habían vendido, unas de un modo regular y otras fraudulentamente. La esperanza de hacer revocar aquellas leyes

injustas fué uno de los motivos que impulsó al clero, y con él á todo el partido reaccionario, á reclamar la intervención. Una vez en México, la situación de los franceses no había dejado de ser embarazosa: la equidad les impedía aprobar la expropiación; y, por otra parte, podían emplear sus armas en restablecer un estado de cosas generalmente desterrado de Europa y que ellos mismos habían abolido? Las instrucciones de Napoleón III al general Forey le habían prescrito que cubriese con su protección los intereses religiosos, pero que tranquilizase á los compradores de bienes nacionales. Fiel á esta doble recomendación, Forey había dicho en su proclama de 10 de junio de 1863: «La religión católica será protegida y los obispos repuestos en sus diócesis;» y había añadido: «Las ventas fraudulentas serán las únicas que podrán ser objeto de una revisión.» Instituída la Regencia, se produjeron dos corrientes: por un lado, monseñor Labastida pidió la revocación inmediata de las *leyes de reforma*; y por otro lado, Almonte, persuadido de que Francia no aprobaría la medida, procuró moderar á su colega. A Maximiliano pertenecería la decisión suprema. Hemos visto que al dejar á Europa su última etapa fué Roma. Desgraciadamente, de la entrevista del Padre Santo con el nuevo emperador no resultó ningún acuerdo. Al inclinarse hacia los liberales, Maximiliano acababa de indicar su orientación futura. Poco tiempo después, en diciembre de 1864, Pío IX envió un nuncio á México: esta solemne embajada, lejos de apaciguar el disentiimiento, lo hizo estallar. El nuncio, monseñor Meglia, reclamó la vuelta al antiguo régimen: Maximiliano propuso el establecimiento de un orden de cosas bastante parecido al que existía en Francia. Uno y otro se obstinaron, y la dificultad se trocó en conflicto. La verdadera solución hubiera sido un concordato que, á costa de algunas concesiones mutuas, hubiese asegurado al país el inestimable beneficio de la paz religiosa. Parece que los bienes aún no vendidos, ó vendidos en condiciones revisables, hubiesen podido proporcionar los elementos de una transacción. Monseñor Meglia objetó la carencia de instrucciones y se pronunció con mucha vehemencia contra todo proyecto que rebajase á los individuos del clero al rango de funcionarios asalariados. Maximiliano perdió la paciencia y, extremando las cosas, hizo su *Concordato por sí solo*, como se dijo. Por decreto emanado de su voluntad soberana, reconoció la religión católica como religión del Estado; pero mediante otro decreto publicado el mismo día, arregló, sin ninguna inteligencia con el poder eclesiástico, la suerte de los bienes secularizados. El acto del príncipe pareció muy precipitado, muy autoritario, y en toda Europa suscitó vivas censuras de parte de la prensa religiosa, que creyó ver reproducirse en el archiduque el viejo espíritu de José II. A los mexicanos les importaba poco el espíritu de este monarca; en cambio, les asombraba que su emperador se apresurase tanto á desprenderse de sus primeros amigos. Quedaba, en verdad, el partido liberal, llamado también partido nacional, en torno del príncipe. Pero este partido que, lejos de llamar á Maximiliano, lo había combatido, ¿se agruparía realmente en torno del soberano? Y, sobre todo, ¿le sería fiel más allá de los días de triunfo?

Afortunadamente para Maximiliano, los triunfos con-

tinuaban, y continuaban por las armas francesas. Durante el año de 1864 y los primeros meses de 1865, casi todas las operaciones militares tuvieron éxito. De ahí ciertas apariencias brillantes que prolongaron las ilusiones.

La primavera de 1864 había sido empleada en consolidar en el centro de México la obra de pacificación. El general Douay había pacificado la región de Guadaluajara, mientras el coronel Garnier destruía las guerrillas en torno de Guanajuato (1). Algún tiempo después, como uno de los lugartenientes de Juárez, Doblado, se presentase ante Monterey, el coronel Aymard, unido á la división de Mejía, lo batió cerca de Matehuala. En el mes de junio empezó una gran campaña hacia el Norte, con el objeto de desalojar á Juárez y rechazarlo, de retirada en retirada, hasta la frontera de los Estados Unidos. Formáronse varias columnas destinadas á combinar su acción y á apoyarse mutuamente. El general Lheriller partió de Zacatecas el 22 de junio y entró el 4 de julio en Durango. El general Castagny llegó á Saltillo el 20 de agosto y seis días después á Monterey. El 21 de septiembre libróse en Cerro de Majoma un brillante combate que dispersó las mejores fuerzas del ejército republicano. El 26 de septiembre, al extremo de nuestra línea y á orillas del Atlántico, fué ocupado Matamoros. Juárez había enviado ya su familia á los Estados Unidos, y él mismo se refugió en Chihuahua. Los resultados eran considerables y hubieran sido más decisivos todavía si el mal tiempo, los malos caminos, las distancias, que eran enormes, y los intervalos entre las columnas de operaciones no hubiesen dificultado la campaña.

Después del Norte, el Sur. A más de cien leguas al Mediodía de México, la importante ciudad de Oajaca se había negado hasta entonces á reconocer el imperio. Allí dominaba Porfirio Díaz, que disponía de contingentes bastante importantes. A mediados de 1864, empezáronse los preparativos para el ataque de dicha plaza. Abrióse una carretera para los transportes militares y se expidieron luego de México considerables convoyes de municiones y material de guerra. Los primeros reconocimientos en torno de la ciudad hicieron temer una resistencia tenaz. Por la disposición de sus calles, Oajaca recordaba á Puebla. Los puntos principales habían sido provistos de parapetos de tierra y barricadas. Con feroz energía, los jefes militares habían arrasado todos los edificios que podían estorbar para la defensa y habían utilizado los materiales de los mismos. La operación fué tan importante, que Bazaine quiso dirigirla en persona. En 15 de enero, el general en jefe llegó á Etna, pueblo situado á seis leguas de la ciudad, teniendo á sus órdenes unos 6.000 hombres. Oajaca contaba 7.000 defensores. La ciudad fué investida y el general suplió el escaso número de tropas con hábiles disposiciones. El 10 de febrero se abrió la trinchera. Creíase que la lucha sería larga, difícil, señalada quizá por algunos de esos episodios que habían hecho famoso el sitio de Puebla; pero el desenlace se precipitó cuando aún se le consideraba lejano. El 9 de febrero de 1865, cuando Bazaine, contrariado en sus trabajos de apuro por la naturaleza del suelo, preparaba un ataque á

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 480.

viva fuerza, Porfirio Díaz entregó la plaza á discreción.

La toma de Oajaca marca la época más próspera de la ocupación francesa y el punto culminante en la carrera de Bazaine. Al comandante en jefe todo le sonreía. Pocos meses antes había sido elevado á la dignidad de mariscal. El cuerpo expedicionario de su mando, compuesto de más de 30.000 hombres, merecía el nombre de ejército. Había que añadir los contingentes indígenas y además una legión belga y una legión austriaca que acababan de formarse. Dueño absoluto de las cosas militares, Bazaine no sólo igualaba, sino que dominaba al emperador. La conquista de Oajaca venía á aumentar su fama. No es que la operación fuese muy gloriosa en sí; pero decían que era menester que el prestigio de nuestras armas fuese muy grande para que el enemigo más temible, aterrorizado de pronto, evitase nuestro ataque por medio de su sumisión. Si el jefe de la expedición francesa tenía motivos de satisfacción, la obra de la regeneración mexicana parecía seguir por mejor camino. Hubo entonces un momento, aunque muy fugaz, en que el aspecto exterior de las cosas autorizaba vagamente la esperanza del éxito final. En el centro del Imperio el partido republicano estaba visiblemente desalentado. Unos se adherían por prudencia y otros por ambición, sin contar los que se rendían á la bondad del soberano. Atestiguaban esa pacificación los progresos de la seguridad pública. Los Estados de México, de Puebla, de Querétaro, de Guanajuato y de San Luis parecían espurgados para siempre de guerrillas y plenamente sometidos á las autoridades regulares.

El despejo fué corto, sin haber sido nunca completo. Pronto volvió á obscurecerse el horizonte para no volverse á serenar. Bazaine, vencedor de Oajaca, apenas había vuelto á México cuando á la vez tuvo que atender á tres puntos distintos donde se reanimaba el fuego.

En el litoral del Pacífico varias tropas de desembarco ocupaban, desde fines de 1864, el puesto de Mazatlán. La pequeña guarnición fué pronto bloqueada. Una fuerte columna, que de Durango fué enviada en su auxilio, no pudo llegar allí sino á través de toda clase de obstáculos. Al pasar las montañas, encontró las partidas juaristas en un sitio llamado *Espinazo del Diablo* y no pudo rechazarlas sino después de un rudo combate. Todos los encuentros no fueron igualmente afortunados; pocos días después, en el pueblo de Veranos, toda una compañía fué destruída. Dos meses más tarde, el 29 de marzo, Guaymas fué ocupado como lo había sido Mazatlán. Pero, á pesar de estos esfuerzos, era evidente que aquellas regiones nos escaparían siempre. En los puertos reinaba la influencia de los americanos del Norte, enteramente dueños del comercio, y muy hostiles á la intervención. En cuanto á las vastas soledades de la Sonora y del Sinaloa, su misma inmensidad les garantía contra toda conquista duradera. Iba á haber una serie de combates oscuros y de rigores extremados, pues por una y otra parte exasperaba la lucha. Después del combate de Veranos, el general Castagny incendió el pueblo para castigar á sus habitantes por su complicidad con el enemigo, y en aquella misma época el juarista Corona mató á sus prisioneros. La guerra iba á continuar con episodios no menos feroces y sin que se pudiese prever su fin.

Tales eran las noticias que llegaban del extremo Oes-

te. Más cerca de México, en el Michoacán, la insurrección despertaba. Allí combatían varios jefes juaristas de los más activos, tales como Regules, Riva Palacio y Arteaga. El 11 de abril, la legión belga, recién formada, sufrió en Tacambaro la más dolorosa derrota. Perdió unos sesenta hombres entre muertos y heridos, y dejó en poder del enemigo 200 prisioneros. Sólo tres meses más tarde tomó su revancha, y la tomó en el mismo sitio en que había sufrido su derrota.

Hacia el Norte, el objeto era siempre el mismo: rechazar á Juárez más allá del Río Bravo. Lejos de que se realizase esta esperanza, vióse en abril de 1865 á uno de los jefes liberales, Negrete, tomar una audaz ofensiva, correrse al Mediodía y arrebatarnos momentáneamente algunas de nuestras conquistas. Entró el 9 de abril en Saltillo, el 12 en Monterey y amenazó á Matamoros. Pronto se vió obligado á retirarse y sus contingentes se disolvieron. Pero ¡cuán precaria no era nuestra ocupación, siempre á merced de cualquier incidente ó sorpresa! Tres meses después, en agosto, una marcha atrevida llevó nuestras armas hasta Chihuahua y obligó á Juárez á una nueva retirada. Sin embargo, la victoria fué incompleta, pues nuestro tenaz adversario se detuvo en Paso del Norte, sin pasar la frontera de los Estados Unidos.

Así continuaba, en medio de toda clase de alternativas, la campaña de 1865, inaugurada bajo los mejores auspicios. La fugaz esperanza de pacificación se había desvanecido. ¿Puede decirse que hubo días felices para el Imperio mexicano? No; pero al menos había habido algunos días de engañosa ilusión; mas estos días habían pasado ya, pues había llegado la hora en que las causas de disolución iban á manifestarse tan claramente que el ojo menos ejercitado podría discernirlas.

IV

No quiero anotar día por día los actos de Maximiliano y sí únicamente poner de relieve las ideas y los hechos principales que permiten formar juicio del monarca y de su obra.

El que estudia el reinado del príncipe se extraña, no de que fracasara, sino de que en presencia de los innumerables obstáculos con que había de luchar no rechazara la corona que desde lejos había podido seducirle ó deslumbrarle. De todos aquellos obstáculos el mayor era el estado social de México: las denominaciones habituales de liberales y conservadores, de reaccionarios y republicanos, sólo imperfectamente correspondían á la realidad de las cosas; pues, propiamente hablando, los mexicanos se dividían en dos clases, una que ejercía la tiranía y otra que pasivamente la soportaba. Las largas costumbres de discordia habían hecho de la guerra civil una verdadera industria, la única próspera; y todos los ambiciosos, los aficionados á aventuras, los enemigos del diario trabajo, se afiliaban á un partido y vivían de ello. Todos aquellos políticos se parecían: reclutaban algunas partidas, ora recurriendo á la fuerza, ora mostrando el cebo del botín, y en seguida se proclamaban generales, cobraban contribuciones y combatían como bandidos á la vez que como soldados; si triunfaban, participaban del poder, compartiéndolo con algunos personajes civiles, que se habían elevado por la intriga co-